

PROLOGO.

I

El título de este libro, "ESTUDIOS LITERARIOS", de Francisco Bauzá, puede fácilmente inducir a error al prejuzgar sobre su contenido. No se trata, como podría suponerse, de un conjunto de artículos de crítica literaria. Aunque entre ellos no falten algunos que lo sean, más vasto es el contenido del libro y más amplios los propósitos del autor.

Alterando la ordenación establecida por Bauzá, los artículos que integran el volumen podrían agruparse así: cuatro artículos ("*Francisco Acuña de Figueroa*", "*Los poetas de la Revolución*", "*César Díaz*" y "*Juan Carlos Gómez*") constituyen aproximaciones a personalidades y aspectos de nuestra literatura del siglo XIX; dos, y como su mismo nombre lo indica ("*Diógenes y sus ideas*" y "*La Religión y la Ciencia*") versan sobre tópicos que no se refieren a nuestra realidad y, finalmente, cierran el tomo tres cuadros de costumbres ("*El gaucho*", "*Un gobierno de otros tiempos*" y "*La trilla*") que se relacionan con motivos importantes de nuestra historia.

A pesar de esta diversidad temática, una sólida unidad de espíritu rige la elaboración de esos nueve trabajos. Unidad de espíritu que determina la unidad

literaria del libro. Y si buscáramos un signo inequívoco de esa unidad espiritual, diríamos que se halla en la tendencia de Bauzá a aplicar un criterio universal en la consideración de nuestra realidad. No mira con desdén esta pequeña provincia del planeta que es el Uruguay, ni la ve aislada o inconexa de las demás provincias, unas más aparentemente importantes que otras, del mismo planeta. Lo histórico es siempre un hecho universal, ocurra donde ocurra y por pequeño que aparezca en un primer y rápido examen, y seguramente, como hecho de vida y en un sentido absoluto, tan importante es el éxodo oriental como la batalla de Maratón. Y es con criterio histórico que enfoca Bauzá la materia de sus artículos. De ahí que no desentonen "*Diógenes y sus ideas*" y "*La religión y la ciencia*" al coordinarse con los artículos que versan sobre nuestra realidad social o literaria. Por lo contrario: evidencian que la materia de estos trabajos ha sido elaborada con el mismo espíritu que informa a aquéllos. Hechos, autores y obras a primera vista insignificantes, han sido dignificados y rescatados para una vida llena de significación y sentido. Queda, pues, precisado, que la ordenación que realizamos tiende sólo a facilitar el juicio sobre los diversos trabajos, que analizaremos ahora según los grupos establecidos.

II

Los cuatro artículos que dedica Francisco Bauzá, en este volumen, a la consideración de personalidades y aspectos de nuestra literatura, nos inducen a realizar, previamente al examen de los mismos, una ubicación de su posición crítica.

Dos han sido, frecuentemente, las actitudes asumidas por quienes han estudiado nuestra literatura del pasado. Por un lado los desdeñosos, los que se han asomado a esa literatura juzgándola con la perspectiva con que se debe juzgar las literaturas productos de una cultura varias veces secular y madura. Y, como es natural, todo lo han encontrado desdeñable e insignificante; en su estimación sólo algún nombre, algún fragmento de obra, se salva, y ésto con reticencias. Por otro lado, los "nacionalistas literarios", situados en actitud de "descubridores", prontos a proclamar genial todo lo viejo y casi desconocido y a encontrar virtudes y bondades en todo lo nuestro. Obvio es afirmar que ninguna de estas dos actitudes es recomendable. Es cierto que considerada en su conjunto y desde un punto de vista estrictamente literario, casi no podríamos hablar de la existencia de una literatura nacional en el siglo XIX. Hay sólo ensayos vacilantes, gestos inacabados, esbozos imperfectos. Algunas obras de calidad evidente, publicadas en las dos últimas décadas (Acevedo Díaz, Javier de Viana) y algunas otras salientes —entre las que se encuentran las del autor que nos ocupa—, importantes dentro de los límites de nuestro país, pero que no alcanzan calidad universal, no bastan para constituir una literatura. Pero, sin embargo, debemos examinar ese conjunto de frustrados intentos literarios con el interés que ponemos al considerar cualquier manifestación de vida, por pequeña que ella sea; es decir: con aguzado interés, con el grado de simpatía necesario para poder interpretarla. Y todos esos ensayos literarios —poemas, narraciones, teatro, memorias, artículos de costumbres y políticos, descripciones de viaje— son señales luminosas que nos ilustran

exactamente sobre el clima espiritual de una época. Por eso, no es el lente del crítico literario el que se debe aplicar sobre esas formas de nuestra incipiente literatura. Un análisis de tal tipo, rebuscador de minucias, nada útil podrá hallar allí. Es con otro espíritu que se le debe abordar. Sólo podrá ser fecunda una aproximación a los intentos literarios de nuestros escritores del siglo XIX, cuando quien la realice lo haga con la visión de un historiador de la cultura y sepa que más que el estudio de un autor aislado interesa la labor colectiva, o el estudio de un autor en relación con la atmósfera cultural en que estuvo inmerso. Podrán ser esas obras, muchas veces, desde el punto de vista literario, aguas turbias; pero desde otros ángulos, serán "las vivas aguas de la vida" en las que, cristalinamente, se reflejan las aspiraciones y afanes de una época.

Es esta última, precisamente, la ubicación de Bauzá como crítico de nuestra literatura. Ve el hecho literario como un manantial de vida, un hito histórico que contribuye a esclarecer vivamente, dramáticamente, un momento o una situación determinada. Accede al autor más que desde un punto de vista literario, desde el ángulo histórico. Si bien es evidente que este tipo de enjuiciamiento es insuficiente para la gran obra de arte, es el único posible si se quiere lícitamente juzgar a los autores que Bauzá enjuicia, ya que ellos pertenecen más que a la literatura, a la historia de nuestra evolución cultural. Rehuye, por eso, Bauzá, esa crítica mortalizadora que sólo es capaz de fijar la atención sobre lo que deslumbra, y proclama que será poco atinado "*cualquier ensayo de investigación que teniendo por norma las cosas pasadas, desprecie las personalidades y sucesos humildes*

para fijarse en los acontecimientos retumbantes y en los hombres de primera fila". Aunque, como es natural, en literatura, esto "no implica proclamar, la indulgencia plenaria a sus pecados literarios, sino dejar bien establecido cuando más, que no por causa de los pecados debe hacerse caso omiso de los pecadores".

- III

Desde esta perspectiva enfoca Bauzá el estudio de Francisco Acuña de Figueroa, de los poetas de la revolución, de César Díaz y de Juan Carlos Gómez. Ninguno de los cuatro trabajos pretende alcanzar un tratamiento exhaustivo del tema, pero constituyen aproximaciones vívidas y logran fijar las facciones esenciales, humana y literarias, de las figuras que los motivan.

Con rasgos netos surge de sus páginas la figura de Francisco Acuña de Figueroa. Su personalidad es dibujada íntegramente en sus virtudes y sus debilidades. Es cierto que de la obra del viejo poeta, de una amplitud abrumadora, sólo se analizan con algún detenimiento "Las Toraidas" y "La Malambrunada", pero la caracterización general de Acuña es exacta y mantiene su vigencia. Y podemos suscribir casi sin reservas su valoración final del poeta cuando —después de destacar "*su dedicación constante al estudio, que ninguna compensación brillante podía darle*"— concluye radicando la importancia de su poesía en que "*hay algo local, característico, peculiarmente nuestro, en su estilo, en sus giros, en todo lo que ha producido. Sobre sus páginas parece advertirse el re-*

flejo, o la estratificación, si así puede decirse, de lo que nos es más habitual y querido. Son nuestros conocidos, nuestros amigos, nuestras costumbres, nuestras veleidades, nuestros devaneos, los que pasan a través de esos millares de versos suyos". Y es éste, ciertamente, el mérito mayor de Acuña de Figueroa. Fácil versificador, pero carente de auténtica inspiración poética, Acuña no pasa —en la mayor parte de su producción— de mostrarse como un risueño caricaturista, un satírico sin mala intención, que en fáciles versos de circunstancias va dejando grabados tipos y costumbres de su época. Y es ese sabor de tiempo pasado, a falta de fuerza creadora y de universalidad, lo que aun puede recrearnos en su obra, en la que, por otra parte, se sienten las huellas de un temperamento que manifiesta, sin dramatismos, la simple felicidad de vivir.

En el segundo de los trabajos de este grupo, "Los poetas de la revolución", se coloca Bauzá en el mismo punto de vista histórico para juzgar la producción del P. don Juan Francisco Martínez, Vald negro, Francisco y Manuel de Araújo y la del más importante de todos ellos, Bartolomé Hidalgo. El trabajo está concebido como un vasto cuadro histórico sobre cuyo fondo resaltan las figuras citadas. Más que los análisis literarios en particular —en general exactos aunque no es posible adherir a todas sus apreciaciones— lo que interesa es la visión de conjunto, que ofrece vivamente la situación de un momento de nuestra historia. Subraya la interacción entre las circunstancias históricas y los creadores. Distingue con precisión entre la producción humilde pero inspirada y auténtica de Hidalgo, y la de los otros poetas de una mayor formación literaria, pero en quienes

esa misma formación, actuando como un lastre, desvirtúa el contenido de su mensaje. Y señala la superioridad de los "Diálogos" y "Cielitos" de Hidalgo, encarnación individual de una genuina tradición popular rioplatense, sobre la producción de los poetas cultos, moviéndose en la línea de una tradición europea, mal asimilada y peor usada. Igualmente acertadas son sus conclusiones finales. "*Lo que tiene de balagador nuestra literatura revolucionaria —escribe Bauzá— es que señala un esfuerzo intelectual al lado de un esfuerzo guerrero, cuya intensidad parecía excluir todo cultivo de emociones dulces. Esa combinación de las armas y las letras, asociándose para hacer triunfar una idea, demuestra que los independientes tenían no sólo confianza en su causa, sino pasión por los ideales que iban anexos a su triunfo. Habían soñado una patria libre, y querían presentarla de tal modo a las miradas del mundo, que no se echase de menos en ella nada de lo que formaba el ornamento de los demás pueblos libres de la tierra. El empeño era atrevido sin duda, y su éxito no correspondió, artísticamente considerado, a la altura de los propósitos que lo impulsaban, pero había en ello un síntoma bastante satisfactorio para el orgullo nacional. De todos modos, resultaba evidenciado que no era la barbarie indómita quien había casualmente conseguido libertar el territorio patrio, pues aparecían factores de otra índole persiguiendo ese fin. Una revolución que fundaba bibliotecas populares, abría escuelas públicas, consignaba adelantadísimo principios de gobierno en sus programas políticos y solemnizaba sus triunfos militares con torneos literarios, no era una revolución de bárbaros".*

Los artículos sobre César Díaz y Juan Carlos Gómez no están exentos de cierto tono polémico. De defensa del general Díaz el primero; de refutación de algunas ideas de Juan Carlos Gómez, y de oposición, en general, a su figura política y literaria, el segundo. No interesa aquí dirimir la verdad o falsedad de su opiniones, cuyo estudio, por otra parte, será siempre útil, ya que significan un ángulo de visión rico de sugerencias por la amplitud de su enfoque. Dejando, pues, de lado el problema histórico que puede significar el enjuiciamiento que de estas dos figuras hace Bauzá, se destaca el primer trabajo por la enérgica concisión con que se traza el retrato del general Díaz y su época, así como por la austeridad, que no impiden que esas páginas sean conmovedoras, con que se cuentan las circunstancias de su fusilamiento. Y el segundo, por la precisión con que perfila, en sus líneas generales, el boceto de la personalidad política y literaria de Juan Carlos Gómez. Figura si bien discutible, de evidente interés por lo representativa de una época de nuestra vida social y literaria.

En dos trabajos de este libro se aparta Bauzá del estudio de nuestra realidad. Son ellos "Diógenes y sus ideas" y "La religión y la ciencia". El primero de estos trabajos, a pesar de las pretensiones científicas y filosóficas del autor, debe ser leído como si se tratara de una "vida imaginaria". Enfocándolo de este modo, y abstrayendo ciertas poco atinadas observaciones sobre Platón, Aristóteles y la filosofía griega en general, que revelan una no muy profunda visión de los mismos, se convierte este breve ensayo en una lectura atrayente y amena. Un anecdótico manejado con vivacidad y el estilo severo pero no

carente de elegancia del autor, unidos a la presencia de una inteligencia que, con errores o sin ellos, sabe pensar con seriedad, suplen allí lo que falta en profundidad y amplitud de visión filosófica. El retrato de Diógenes, con que concluye este ensayo, hecho como a golpes secos de cincel, con un sentido no colorista sino lineal de la descripción, comunica, con serena belleza, una imagen plástica que trasciende su hábito espiritual. El segundo de estos trabajos, "La religión y la ciencia", tiene un carácter mercadamente polémico. Su mayor o menor interés dependerá del menor o mayor interés del lector por la materia debatida. Pero es evidente que este juicio sobre el libro de Draper, muestra con plenitud la formación cultural de Bauzá y su aguda inteligencia analítica.

Bajo el título común de "Cuadros de costumbres" agrupa el autor los tres últimos ensayos del libro: "El gaucho", "Un gobierno de otros tiempos" y "La trilla". Aunque este título común a los tres artículos pueda sugerir identidad con los de Larra, estos trabajos, por su espíritu, están muy lejos de los del genial escritor español. No hay en ellos intención satírica, aun cuando no falte en el segundo, "Un gobierno de otros tiempos", un grano de humor en la descripción de las costumbres de nuestros antepasados. Pero no hay allí la ironía amarga y románticamente apasionada de Fígaro, ni su visión subjetivista de la realidad. La intención de Bauzá es muy distinta a la de Larra en sus artículos. Basándose en sus recuerdos personales en el primero y tercero de estos trabajos, y en sus conocimientos históricos en el segundo, trata Bauzá de rescatar para la historia la imagen de ciertos tipos genéricos de nuestro pasado: el gaucho, el habitante del Montevideo colo-

nial y el labrador de nuestros campos. Con rasgos sobrios pero eficaces, significativos, va trazando su psicología y sus costumbres. A pesar de que Bauzá se propone esencialmente lograr exactitud histórica, o quizá precisamente por eso, no le falta a estos cuadros cierto encanto poético. El encanto que trasciende la descripción de vidas primarias, pero auténticamente originales en su sencillez. Juzgará el historiador acerca de la exactitud del enfoque de Bauzá. Pero de cualquier modo son estos tres ensayos aportes importantes para el mejor conocimiento de nuestra historia. Y con respecto al primero de los tres, no dejará de ser interesante cotejar el tipo genérico, construido en abstracto, el gaucho, con los seres individuales, singularizados, creados por nuestros narradores. Junto "al gaucho" aparecerá "un gaucho", el Ismael de Acevedo Díaz, el don Zoilo de Viana; junto al gaucho en general, el gaucho de distintos momentos de nuestra historia. Y estas dos imágenes, la abstracta y genérica, y la concreta e individual, se enriquecerán mutuamente al confrontarse.

IV

Como ocurre con la mayor parte de los escritores uruguayos del siglo pasado, la actividad intelectual de Francisco Bauzá abarca aspectos muy variados. Orador brillante, dejó discursos que *"son magistrales piezas oratorias, pudiéndose contar entre los más altos representantes del género en el Plata, no obstante ser nuestro ambiente político-literario tan ubérrimo en oradores como toda Hispano América"*, según afirma Alberto Zum Felde en su "Proceso In-

telectual del Uruguay". En los "Estudios Literarios" que comentamos, cultivó la crítica literaria y los cuadros de costumbres. Publicó, asimismo, un tomo de "Estudios constitucionales", y, de acuerdo con el escritor citado, *"fue en la tribuna parlamentaria, como en la prensa, el más fuerte polemista, defensor de la Iglesia, frente a la nutrida campaña liberal de los ateneístas"*. Pero su actividad más saliente fue la investigación histórica, y su obra fundamental es la "Historia de la dominación española en el Uruguay", extensa obra que, según el mismo crítico, *"es de lo más completo que se ha hecho en la materia, así por la riqueza de su documentación y la severidad de su método, como por el acierto del juicio y la propiedad de su estilo"*.

Es en relación con esta variada producción de Bauzá que debemos juzgar los valores de los "Estudios Literarios". Su actividad de historiador, centro que unifica toda su labor, lo llevó fácilmente a la consideración del hecho literario desde el punto de vista histórico. Y en esta posición radican sus virtudes y sus debilidades. Porque si bien es un acierto, como hemos visto, el examen de ciertas obras y personalidades de nuestra literatura del XIX juzgándolas como testimonio del clima espiritual de una época, esa posición significa una reducción del horizonte estético, que determina, al proyectarse en otros planos, una evidente estrechez de juicio. Así cuando Bauzá afirma, por ejemplo, que *"un Aquiles impunemente bravo porque era invulnerable, podía hacerles reír a ellos, que para batirse a pecho descubierto doquiera se presentase el enemigo, no tenían más defensa que la tosca lanza y el caballo; y pues que en 1806 habían visto a 83 milicianos sitiarse en Maldonado a*

2.000 ingleses, y veían ahora a José Culta con 200 voluntarios sitiar a Montevideo guarnecido con 5.000 hombres y 390 cañones, por fuerza habían de parecerles ridículos los 100.000 griegos sitiadores de Troya, y miserable la estratagema final del caballo de madera". Es innecesario subrayar que impermeabilidad a los valores estrictamente estéticos de una obra significa una opinión de esa índole. Pero, sin embargo, este enfoque histórico, dando unidad a su criterio, logra que su crítica adquiera un "sentido" y le permite una interpretación definida de nuestra literatura. En cuanto a sus ensayos esencialmente históricos, sus puntos de vista podrán ser ratificados o rectificadas por investigaciones ulteriores, pero constituirán siempre ensayos útiles y serios para el conocimiento de nuestra historia. Su libro, en fin, nos muestra con plenitud de sentido, una perspectiva desde la que se considera polifacéticamente nuestra realidad social, política y literaria. Y el estilo del autor, fluido y elegante, eficaz en la comunicación dentro de su medida de medios, hace agradable la lectura de sus páginas.

ARTURO SERGIO VISCA